

Ethel Baraona Pohl

PUBLICAR COMO UN ACTO POLÍTICO

[LEER COMO UNA
FORMA DE RESISTENCIA]

Ethel Baraona Pohl (San Salvador, 1970). Escritora, crítica y comisaria. Cofundadora del estudio de investigación y editorial independiente dpr-barcelona, que opera en la intersección de la arquitectura, la teoría política y el medio social. Editora de *Quaderns d'arquitectura i urbanisme* de 2011 a 2016 y miembro del consejo editorial de la revista *Volume*. Desde 2016 dpr-barcelona es miembro de la plataforma europea Future Architecture.

→ ENGLISH VERSION
pág. 188

1. Bukovsky, V. *To Build a Castle: My Life as a Dissenter*. New York: Viking Press, 1979, p. 141.

PUBLICAR COMO UN ACTO POLÍTICO

En cada época de cambio de paradigma, los libros han sido vehículo y motor de esos cambios, acompañando la creación y difusión de pensamiento crítico. Durante el régimen soviético de las décadas de 1960 a 1980, surgen los *samizdat* como una forma de activismo y disidencia política en forma de publicaciones clandestinas de literatura prohibida por el Estado, especialmente en los países comunistas de Europa del Este. El escritor Vladimir Bukovsky lo resume con estas palabras «Yo mismo lo creo, edito, censuro, publico, distribuyo, y resulto encarcelado por eso». ¹ Estas publicaciones, que incluían poesía, novelas, canciones, y ensayos de análisis políticos, eran copias hechas con papel carbón en máquinas de escribir, fotocopias o pequeñas tiradas hechas en imprentas caseras, que se distribuían al pasarlas de mano en mano entre amigos y conocidos. En la Europa de la Primera y la Segunda Guerra Mundial era habitual la quema de libros en manos del ejército alemán, por lo que para evitar esa censura se volvió habitual distribuir manuscritos de forma clandestina. Fenómenos similares de censura y control han ocurrido desde esos años y continúan ocurriendo en países como Irán, en donde se llegó a publicar de forma furtiva la traducción al persa de la novela *Los versos satánicos*, del escritor indio Salman Rushdie, condenado a muerte en 1989 por la acusación de haber blasfemado al profeta Mahoma en este libro.

Esta situación también era algo común en América Latina durante las dictaduras militares en las décadas de 1960 a 1980, cuando toda bibliografía o literatura relacionada con el marxismo o las prácticas guerrilleras de esos años era censurada y perseguida. Se prohibieron libros clásicos como *El capital*, de Karl Marx, o *¿Qué hacer?*, de Vladimir Lenin, e incluso los escritos del Che Guevara y la música de la nueva trova como la del cantante de origen cubano Silvio Rodríguez. Todo esto parece historia antigua ahora que vivimos tiempos de democracia y de libertad de expresión; no obstante, recientemente en España —en 2018— el libro *Fariña*, obra del periodista Nacho Carretero que profundiza en la historia del narcotráfico gallego, fue objeto de un «secuestro cautelar», que no es más que otra forma de llamar a la censura, por parte de una jueza de Collado Villalba (Madrid) por las acusaciones de un alcalde que consideraba que la obra era una vulneración de su derecho al honor.

Ante todas estas historias, queda claro el potencial político de los libros y las publicaciones de todo tipo, incluyendo *fanzines* y revistas, como vehículos para crear, canalizar y debatir aquellas ideas que intentan subvertir el *statu quo*. En años recientes, con pocas excepciones, como el caso de *Fariña*, la censura ya no es una manifestación únicamente vinculada al poder político; ahora también entra en juego otro actor importante: el sistema capitalista. El escritor estadounidense Matthew Stadler argumenta



Fig. 1. Rare Books Division, Special Collections, J. Willard Marriott Library, The University of Utah.

que la reciente crisis en el mundo editorial comienza cuando el libro empieza a ser entendido como una mercancía vinculada directamente al acto de comprar.² En este mundo contemporáneo en el que el sistema capitalista tiende a la financiarización de casi cualquier bien común convirtiéndolo en objeto mercantilizable, ¿cómo podemos recuperar la agencia política que históricamente ha representado el acto de publicar? y ¿cómo se relaciona la actividad editorial con la práctica de la arquitectura?

Según la filósofa y escritora Marina Garcés, «Las humanidades no son sólo el conjunto de disciplinas a las que tradicionalmente hemos llamado “de letras”. Son todo aquello con lo que elaboramos nuestra experiencia como seres humanos. Es arte, idioma, pensamiento, cultura. Pero también es activismo y compromiso».³ Siguiendo el argumento de Garcés, también podríamos incluir la arquitectura como una disciplina más al hablar de «humanidades». La arquitectura que de forma convencional se enseña en las escuelas suele ser aquella del edificio que se proyecta, se construye y alberga una actividad definida —oficinas, vivienda, comercio—. Pero de forma cíclica —y no por casualidad coincidiendo con momentos de crisis y cambios sociales, políticos y económicos—, nuevas formas de entender la arquitectura surgen y se expanden fuera de los muros de esos edificios. Ficciones que se fijan en el imaginario colectivo creando nuevas narrativas acerca de lo que es «la ciudad». Según Michel de Certeau, las prácticas espaciales son «maneras de pasar al otro»,⁴ y refiriéndose a este tema, Mark Wigley escribió: «la arquitectura sólo puede ser generosa cuando es conflictiva». Bajo este punto de vista, el fenómeno de las protestas urbanas que comenzó (o continuó, después de muchos años de silencio) en 2011 con la Primavera Árabe, que tanto influyó movimientos como el 15M en España, Occupy Wall Street en Estados Unidos o el Umbrella Movement en Hong Kong, nos hace pensar en un tipo de arquitectura que no se construye muro a muro, sino a base de memorias, fricciones, relaciones, confianza, afecto, encuentros y desencuentros. Por eso, para crear y difundir esas narrativas, para entender la ciudad como algo más que un grupo de edificios e infraestructuras, para hacernos las preguntas importantes, es necesario publicar.

El poeta y editor Adil Jussawalla deja clara esta necesidad de publicar y difundir el pensamiento crítico en su ensayo «The Joys of Xerox», al escribir «Start your own home publishing programme by Xeroxing a favourite book of yours which is out of print and which you'd like others to read. Sell it at cost to a friend, at a profit to those who aren't friends and at twice the price to an enemy [...] Good books have to be kept in print and Xeroxing them is one way of doing it».⁵ De forma similar, pero apoyándose en la

2. Stadler, M. «The Ends of the Book: reading, economies, and publics», *Publishing Manifestos*. Berlin: Miss Read, 2018, p. 221.

3. Miró, F. «Entrevista a Marina Garcés», *eldiario.es*, 2019. Recuperado de: https://www.eldiario.es/cultura/filosofia/cliente-ciudadano-volver-pensar-publico_0_869313460.html

4. De Certeau, M. *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. Madrid: Iberoamericana, 2007, p. 121.

5. Jussawalla, A. «The Joys of Xerox», citado en Züst, Mara. *Kolkata. City of Print*. Leipzig: Spector Books, 2019, p. 231.

6. libgen.io and sci-hub.io, respectivamente.

7. Para más información acerca del trabajo de estos «bibliotecarios aficionados» ver Sekulić, Dubravka. «On Knowledge and 'Stealing'», *The Funambulist – Issue 17, Weaponized Infrastructure*, May-June 2018. Accessible online en *Making Futures*: <https://www.making-futures.com/dubravka-sekulić-on-knowledge-and-stealing/>

capacidad de internet para llegar a miles de lectores, surge el movimiento conocido como «custodios» (*custodians*), un grupo de activistas que practican la desobediencia civil como un acto político contra el oligopolio de grupos editoriales académicos, cuyas cuotas de suscripción hacen que el acceso al conocimiento sea prohibitivo por el alto costo de las cuotas de suscripción, tanto para las pequeñas universidades como para investigadores independientes. Algunos ejemplos incluyen los dos repositorios más grandes de libros de texto y artículos académicos: Library Genesis y Sci-Hub.⁶ Aunque ambos dominios fueron eliminados a raíz de una demanda por infracción sobre los derechos de autor por parte de la revista *Elsevier*, ambos repositorios continúan en activo gracias al apoyo de miles de «bibliotecarios aficionados» (*amateur librarians*)⁷ que digitalizan artículos académicos y los comparten *online* como un desafío a la privatización del conocimiento.

Los libros no son sólo esa herramienta para distribuir ideas, cuestionar y mantener abierto el debate acerca de lo que es la ciudad, sino también para aprender del pasado, pensar en el presente e imaginar qué ciudad queremos para el futuro. En momentos como el actual, en el que la sobreexposición en las redes sociales y los ritmos de trabajo se transforma en una profunda crisis entre el «yo», la «comunidad» y la «sociedad», el acto de publicar sirve para abrir nuevos caminos de diálogo y formas de pensar. Es en este momento, cuando se cuestiona el *statu quo*, cuando se cuestionan las ideas preconcebidas y estandarizadas que difunden los grandes medios de comunicación y cuando el libro sirve para crear lazos afectivos y de confianza entre autores, editores y lectores, que el acto de publicar se vuelve un acto político.

Fig. 2. Presentación del libro *Archipelago of Protocols*, de Aristide Antonas (dpr-barcelona, 2016), en forma de lectura pública en la Acrópolis, una colaboración entre Urban School Ruhr y dpr-barcelona. FOTO: GARY HURST





LEER COMO FORMA DE RESISTENCIA

Los libros pueden entenderse como otra forma de espacio, un lugar donde la empatía, la otredad y la camaradería son más fuertes que las ideologías. Matthew Stadler describe el acto de leer como una actividad abierta, provisional, conversacional. Para él, leer es una actividad que, lejos de ser solitaria, es profundamente colectiva, ya que aun cuando estamos solos, leyendo, el libro impregna nuestra mente con otras voces y pone nuestros pensamientos en conversación no sólo con quienes escriben, sino también con incontables lectores, reales o imaginarios, en donde nuestro ser se disuelve y mezcla con muchos otros.⁸ Marina Garcés, de forma similar, escribe:

Leer es entrar, pues, en una soledad que inventa sus propios cómplices: autores, personajes, amigos, interlocutores, y que no puede dejar de hacerlo. Cada libro abre un mundo de afectos, dentro y fuera de él, de ideas que conectan con otros, etcétera, desencajando los mapas identitarios, políticos, afectivos, ideológicos, estéticos, lingüísticos.⁹

La lectura en comunidad puede servir como catalizador de disidencias a través del diálogo abierto que genera y es una de las herramientas más efectivas de resistencia en tiempos de censura, *fake news* y posverdad. Esta camaradería —que se genera a partir del acto de leer juntos— puede contagiarse de manera irreversible mediante complicidades como prestar un libro o leer un cuento. Al leer en voz alta compartimos un espacio de intimidad, un tiempo y un lugar para aprender no sólo de los contenidos, sino también de los matices, los acentos, la cadencia de la lectura. Abigail Williams llama a esto «la vida social de los libros», al explicar que la forma en que se leen los

Fig. 3. Book block organizado por estudiantes italianos en una protesta contra las medidas educativas propuestas por Silvio Berlusconi en 2011.

8. Stadler, M. «The Ends of the Book: reading, economies, and publics», *Publishing Manifestos*. Berlin: Miss Read, 2018, p. 119.

9. Garcés, M. «Lectura y comunidad», *Común (sin -ismo)*. Barcelona: Pensaré Cartoneras, 2014, p. 5.

10. Williams, A. *The Social Life of Books: Reading Together in the Eighteenth-Century Home*. Connecticut: Yale University Press, 2017, p. 43.

11. Aquí Stadler hace un juego de palabras difícil de traducir. *Commons* no sólo se refiere al espacio en común para leer y debatir, sino que en inglés también significa «el bien común», haciendo referencia a que el conocimiento debe ser un bien común para todos.

12. Carrión, U. «El arte nuevo de hacer libros», *Plural*, México, 1975, p. 33.

13. El *book block* (o bloque de libros, en español) se utilizó por primera vez en la Universidad La Sapienza de Roma, en noviembre de 2010, como una forma de manifestación pública contra las reformas educativas de Silvio Berlusconi. Los bloques de libros se popularizaron después en otras ciudades, incluyendo Génova, Milán, Madrid, Londres, Manchester, Berkeley y Oakland, entre otras.

14. Athanasiou, A. «When the Arrivant Presents Itself», *L'Internationale*, 2014. Recuperado de https://www.internationaleonline.org/research/alter_institutionality/12_when_the_arrivant_presents_itself

15. Glissant, É. *Poetics of Relation*. Ann Arbor: The University of Michigan Press,

libros es tan importante como su contenido.¹⁰ Nosotros lo llamamos «el libro como un espacio de encuentros». De esta forma, los libros pasan a ser el centro de las actividades socioculturales de formas diversas. Matthew Stadler se refiere con el nombre *free reading commons* (un espacio de lectura común)¹¹ a esos espacios *online* en donde autores y lectores pueden leer y debatir los contenidos de los libros y crear un espacio nuevo a partir de estas conversaciones.

Estos «espacios de encuentro» pueden variar de forma y escala, ya que se generan a partir del sencillo acto de leer juntos, ya sea en un espacio privado íntimo o en cualquier punto de la ciudad e incluso, a través de ese momento de lecturas compartidas, pueden generar un espacio público *per se*. Para el escritor Ulises Carrión, el libro es una secuencia de espacios, a lo que añade que «cada uno de esos espacios es percibido en un momento diferente: un libro es también una secuencia de momentos».¹² Es interesante esta relación espacio-temporal para entender el libro como una herramienta emancipadora, de la misma forma que lo plantea la antropóloga Athena Athanasiou, cuando toma como ejemplo el conocido movimiento *book block*¹³ para argumentar que los libros se utilizan en el espacio público como una parte activa de las luchas políticas. «La gente ha salido a las calles para luchar por el pensamiento crítico y la educación pública, convirtiendo los libros en pancartas y escudos contra los recortes educativos y los regímenes neoliberales de gobierno universitario», escribe. Este tipo de acciones enfatizan el fuerte poder simbólico de los libros y su relación con el espacio urbano, «donde los libros no sólo *estaban* en las barricadas, sino que *eran* las barricadas».¹⁴

Leer en voz alta, en diversos idiomas, con diferentes acentos, es una forma de reclamar el espacio en el que nos imaginamos a nosotros mismos y a nuestra colectividad. El novelista y poeta Édouard Glissant se refiere a esto como «relaciones de multiplicidad» (*relationships of multiplicity*), un tipo de relaciones que surgen de compartir lecturas en voz alta, en las que las diferencias lingüísticas provocan contagio y empatía, haciendo que las lenguas evolucionen consecuentemente. ¿En qué consiste esta multiplicidad? De acuerdo a Glissant, en una renuncia implícita a la arrogante separación monolingüe —tan común hoy en día en tiempos de nacionalismos— y en la tentación de participar en lo que él llama un «enredo mundial de identidades y relaciones».¹⁵

Fig. 4. Lectura colectiva de la publicación *Naked*, de Raafat Majzoub, en el evento *Nature. A Night School*, como parte de la Bienal Parckdesign en Bruselas (2016). FOTO: © JULIE GUICHES



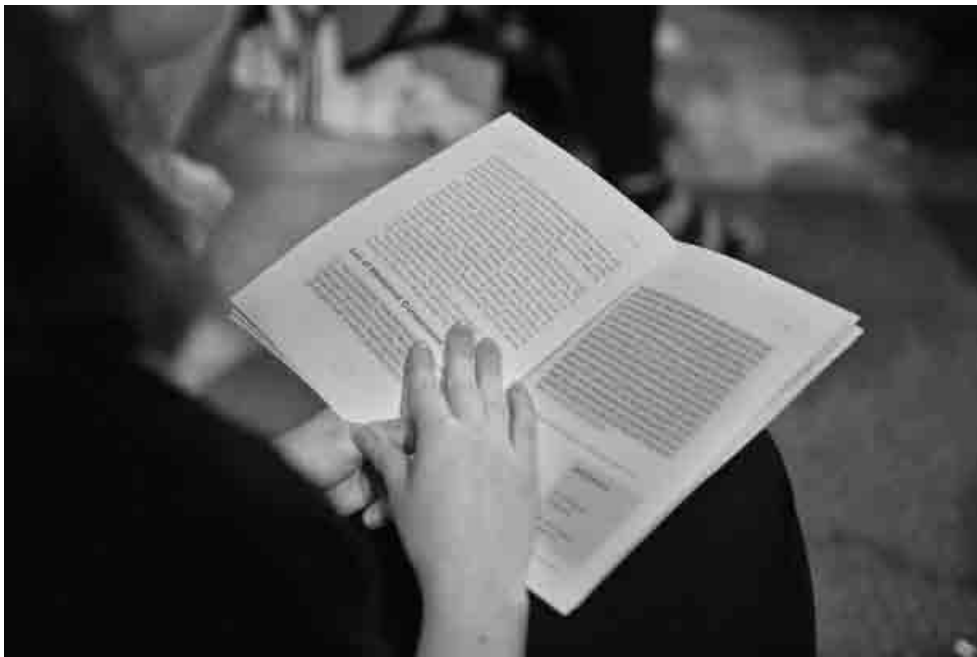


Fig. 5-6. *Parasitic Reading Room* edición Estambul, para la Bienal de Diseño de Estambul 2018. Foto: Lena Giovanazzi

1997, p. 105.

16. Condorelli, C. *The Company She Keeps*. Londres: Book Works, 2014, p. 7-17

17. Lorde, A. «La transformación del silencio en lenguaje y acción», *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*. Madrid: horas y HORAS, la editorial, 2003, p. 21.

18. *Ibíd.*, p. 19.

19. Garcés, M. Entrevista en *Tot el Temps del Món*, TV3, mayo de 2019. Recuperado de <https://www.ccma.cat/tv3/alcanta/tot-el-temps-del-mon/marina-garces/video/5860646/>

Un ejemplo de estos «espacios de encuentro» es el proyecto *Parasitic Reading Room*, una iniciativa de dpr-barcelona y la Open Raumlabor University en Berlín, que de forma espontánea se insertan en eventos culturales (bienales, festivales, congresos) con el sencillo objetivo de provocar un momento de pausa y empatía entre un grupo de personas que se juntan momentáneamente a leer. Estos encuentros no requieren más infraestructura que personas, libros y un espacio público para sentarse cerca unos a otros, de manera que puedan compartirse lecturas en voz alta. Un *Parasitic Reading Room* exige proximidad física, empatía y disposición de dejarse afectar por otras voces e ideas. Cada uno de los *Parasitic Reading Room* que se han realizado hasta ahora —incluyendo la Bienal de Diseño de Estambul (septiembre de 2018); *RepairActs, International Network Meeting & Conversation*, Bristol (febrero de 2019); *Friend/ships: l'amitié comme moyen de transmission*, París (marzo de 2019) y *Una ciudad de diferencias, Parasitic Reading Room* en la Semana de la Arquitectura, Barcelona (mayo de 2019)— es la materialización de lo que explica Céline Condorelli al decir que «las elecciones y alianzas que hacemos todo el tiempo, [como los libros que leemos o las personas con las que trabajamos y pensamos] son fundamentales para la formación de la cultura».¹⁶

En este tipo de encuentros, la mercantilización del conocimiento se deja de lado, los libros no son más un producto sino una herramienta para la empatía, y el valor del encuentro reside en lo cualitativo y no en lo cuantitativo; la única moneda de intercambio es el diálogo. Para Audre Lorde, la transformación del silencio en palabras y obras es un proceso de autorrevelación¹⁷ que adquiere especial relevancia cuando ese silencio se ha transformado en una obra para ser leída en voz alta, y añade:

[...] es necesario expresar aquello que para mí es más importante, es necesario verbalizarlo y compartirlo, aun a riesgo de que se interprete mal o se tergiversar. Creo que, por encima de todo, hablar me beneficia.¹⁸

Estos espacios íntimos de lectura son también un refugio para superar determinados temores de exclusión —sea por raza, orientación sexual, género o los tres al mismo tiempo—, ya que los libros conforman un espacio privado y protegido a la vez que son parte de un espacio social compartido; la literatura es a la vez íntima, privada y abierta a todos. Personas extrañas se reúnen allí en igualdad de condiciones, convirtiéndose en un solo cuerpo social al leer juntos.

Marina Garcés ha resumido esta forma de resistencia que es la lectura con las siguientes palabras:

Leer es resistir, es una de las actividades más indomables que hemos inventado los humanos precisamente porque permite este silencio impenetrable para ningún ojo de ningún poder. Una persona con un libro bajo el brazo es una realidad de la cual es muy difícil saber hasta dónde podrá ser dominada, es un peligro con piernas, una herramienta muy sencilla para transformar el mundo de una manera poderosa.¹⁹

Por todo esto, el alegato necesario en tiempos de individualismo excesivo, en momentos en los que vivimos la mercantilización del tiempo, del conocimiento e incluso de nuestras relaciones sociales, es reivindicar la acción de publicar como un acto político y la de leer como una forma de resistencia.